

Subterráneo

Ciro Gonzales



Capítulo 1

Subterráneo

Ethan, un muchacho de apenas dieciocho años de edad, había conseguido su primer empleo en una tienda de comestibles al otro lado de la ciudad. Era la primera vez que tenía uno, y el sentido de responsabilidad albergado en él desde su infancia hacía que tomara con mucha seriedad aquel trabajo, pese a no ser de su mayor agrado.

Hay cosas peores que acomodar cajas Ethan —se decía—, mucho peores.

En un intento por independizarse de sus padres, se había mudado a un pequeño departamento, y necesitaba el dinero que ganaba con su empleo para poder pagar la renta, razón más que suficiente para desempeñarse con la mayor eficacia.

En más de una oportunidad tuvo que quedarse en la tienda recibiendo nueva mercancía o reemplazando algunas horas a su compañero del turno nocturno, por lo que, en ocasiones, se veía obligado a tomar el último tren del día.

Si bien quedarse hasta esas horas significaba un ingreso extra por las horas de trabajo adicionales, esto le disgustaba y no poco, pues el último tren casi siempre iba vacío. La estación, con la ausencia de pasajeros se mostraba, a esa hora, lánguida y mortecina.

Tenía por costumbre llamar a su madre cada vez que tomaba el tren de regreso, por insistencia de ella claro, aunque para la tranquilidad de Ethan, pues en más de una ocasión se le erizó la piel tan sólo con entrar en la estación a esa hora de la noche.

Aquel sábado, como en otras ocasiones, tuvo que trabajar tiempo extra. Sin embargo esa vez fue diferente. Ethan había terminado ya todas sus labores y permanecía sentado en el mostrador a la espera de algún cliente. Pero ninguno llegó. De hecho en toda la tarde no había escuchado el sonido de la campanilla que anunciaba el ingreso de alguna persona al lugar.

Miraba incesante el reloj mientras ojeaba las últimas revistas que habían llegado y que se encontraban dispersas sobre el mostrador, esperando que sea la hora en la que por fin pueda salir e ir a tomar el tren de regreso a su departamento.

Pero sentía que el tiempo no avanzaba. El tictac del reloj que tenía en la

muñeca retumbaba cada vez más y más fuerte.

Los empleados tenían prohibido tener a mano el móvil mientras se encargaban de la tienda.

Política de la empresa –había dicho el dueño.

Estúpido señor Highman –maldijo interiormente.

Sin nada con que pudiera distraerse, decidió que lo mejor era tratar de descansar un poco en la trastienda.

Se levantó del asiento. Rodeó el mostrador y se detuvo en la puerta de vidrio templado. Giró el cartel rojo con letras blancas. CERRADO, se podía leer desde la calle. Sacó la llave que guardaba en el bolsillo de su chaqueta, la introdujo en la cerradura y la giró dos veces.

Listo –pensó.

Caminó hacia la parte posterior de la tienda. Ahí se encontraba ubicado el almacén, que hacía las veces de sala de descanso para los trabajadores del turno nocturno. Había un mueble marrón, mullido y un poco viejo, pero lo bastante confortable como para tomar una siesta. Se recostó sobre él, mientras calculaba la cantidad de dinero que iba a ganar por estar ahí echado.

Cerró los ojos.

Podía sentir como el silencio poco a poco lo hundía contra el mueble. Se dejó llevar por esa agradable pesadez, hasta que finalmente se quedó dormido.

Los minutos avanzaron, lentos y en silencio.

De pronto, la campanilla sobre la puerta de la entrada comenzó a sonar estrepitosamente. Ethan abrió los ojos y miró instintivamente su reloj. Las agujas apuntaban exactamente al 9 y al 12.

¿Qué? –Dijo en voz alta.

Se levantó del mueble como si hubiera sido despedido por un resorte. Corrió hacia el mostrador y verificó que todo estuviera en orden. Se acercó hasta la puerta, colocó la llave dentro de la cerradura y giró.

No tiene sentido –la voz salía temblorosa de su garganta– *está cerrada. No pudo haber sonado la campanilla, nadie pudo haber estado aquí*

dentro.

La inquietud dentro de él comenzó a crecer, hasta el punto en el que comenzó a sentir miedo, miedo de verdad. Levantó la vista para ver si había alguien ahí fuera. Nada. La calle estaba completamente vacía. Miró nuevamente su reloj. Se percató que las agujas seguían en el mismo sitio. Las tres agujas estaban inmóviles. El segundero se negaba a moverse y había quedado estático apuntando al 12.

¡No puede ser!

Corrió hasta la parte interior del mostrador y miró el reloj digital que estaba justo al lado de la caja registradora. Los brillantes números rojos contrastaban contra el fondo negro.

21:00 –se podía leer.

No pudo haber pasado tanto tiempo –se dijo, mientras gotas gruesas de sudor bajaban por su cuello–, no pudo haber pasado tanto...

El sonido de unos golpes en la puerta inundó de pronto toda la tienda. Ethan levantó la mirada hacia la puerta.

–¡Eh! ¡Ethan!

Ethan corrió hasta la entrada, colocó la llave en la cerradura y abrió.

– ¿Qué pasa viejo? ¿Por qué estás encerrado?

– Dijiste que vendrías antes de las ocho Adam –contestó Ethan airadamente.

– Y eso hice –dijo Adam mirando su malgastado reloj–, siete y cincuenta. Diez minutos antes, ¿qué te parece eh? –contestó risueño, como si el haber llegado le llenara de satisfacción.

– ¿Pero qué dices?

– ¿Te sientes bien Ethan? Estás muy pálido.

Ethan no daba crédito a lo que veía. Su reloj marcaba las siete y cincuenta, tal como había dicho Adam. El segundero avanzaba rítmicamente sin dar muestras de querer detenerse.

– Tengo que irme... – dijo a la vez que avanzaba torpemente hacia la entrada.

Jaló la puerta de vidrio y se lanzó hacia la calle.

— ¡Ethan! ¡Eh, Ethan! – fueron las últimas palabras que escuchó de Adam.

Corrió sin detenerse hasta que llegó a la esquina donde quedaba la estación subterránea. Se detuvo en seco al ver la negra garganta de cemento que le daba la bienvenida. Trató de calmarse, de controlar su respiración. Su pecho se agitaba violentamente, podía sentir como el calor le quemaba la garganta.

Indeciso, bajó las escaleras. Una a una. Hasta que fue engullido por la oscuridad.

Estación de policía. 01:25 am

— *De nuevo Adam, desde el principio* –dijo el oficial.

— *Le dije... le dije a Ethan que me cubriera unas horas. Que antes de las ocho estaría en la tienda* –comenzó a decir con voz entrecortada.

— *Continúa.*

— *Yo...* –dijo, mientras subía las manos entrelazadas y las colocaba sobre la mesa– *llegué antes, diez minutos antes. La tienda estaba cerrada. Vi que Ethan estaba dentro así que golpeé fuerte. Se acercó hasta la puerta y me abrió.*

— *¿Te dijo por qué había cerrado la puerta?*

— *No. Lo primero que hizo fue reprocharme el haber llegado tarde. Le contesté que había llegado antes.*

— *¿Y qué hizo?*

— *Miró su reloj. Asustado. Le pregunté si le pasaba algo pero me respondió que tenía que irse y luego salió corriendo.*

— *Señor...* –dijo el policía que acababa de abrir la puerta de la sala de interrogatorios–, *tiene que ver esto.*

— *Acaso él...* –dijo el oficial al ver el video de seguridad de la estación.

— *Saltó a las vías, señor.*

En la computadora se podía ver como la imagen de Ethan caminaba lentamente hasta llegar al borde de las vías y se lanzaba justo en el momento en que el tren llegaba a la estación.

— *¿Qué es lo que tiene en la mano? ¿Su teléfono móvil?*

— *Eso parece señor.*

— *Adam, ¿a quién hubiera llamado Ethan si hubiera sentido que algo no andaba bien?* –le preguntó al muchacho desde la puerta.

— *A su mamá, siempre lo hacía antes de tomar el tren nocturno.*

— *Necesito hablar con ella.*

— *No tengo su número,* –contestó el chico– *pero...*

Abrió su mochila y sacó un abrigo azul arrugado. Buscó en uno de los bolsillos.

— *Tenga* –le dijo entregándole el móvil color negro–. *Lo olvidó junto con su chaqueta.*

El oficial cogió el aparato. Presionó el botón lateral y la pantalla se iluminó. Entró al historial de llamadas y buscó la última.

SALIENTES: Mamá. 21:00